

Benignidad

León Barnes

“El amor es sufrido, es benigno;... no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor” (1 Corintios 13.4–5). Una de las características que distingue al cristianismo, la cual el mundo entero parece reconocerle y apreciarle, es la benignidad. Una persona que no sea benigna, no podrá persuadir a los demás de que él es un devoto cristiano. Se espera de un verdadero cristiano, que sea benigno en todas las circunstancias.

Algunas de las palabras que se utilizan para traducir la palabra griega para “benignidad” son: “servicial”, “bueno”, “agradable”, “amable” y “cortés”. La palabra “filantropía”, del español, proviene de la palabra griega *philanthropia*. Esta palabra aparece en Hechos 28.2, donde se narra que Pablo y sus acompañantes sufrieron un naufragio y los nativos de Malta los trataron con “no poca humanidad”. La misma palabra es utilizada en Tito 3, para referirse a una característica de Dios, la bondad:

Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo (vv. 4–5).

Cuando pensamos en un filántropo, nos imaginamos a alguien cuya benignidad se ha hecho sentir, alguien que ha ido más allá del simple sentir benignidad hacia los demás. Un filántropo trabaja y provee de sus propios recursos para ayudarles a los demás.

LA BENIGNIDAD Y DIOS

La benignidad es la esencia misma de las acciones de Dios para con nosotros. Su misma naturaleza se yergue como un ejemplo para nosotros, de la forma como debemos conducirnos para con los demás. Esto fue lo que Jesús dijo:

Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y malos. Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso (Lucas 6.35–36).

En Efesios 2, cuando Pablo fue guiado por el Espíritu Santo a escribir acerca de la maravillosa gracia de Dios, la cual nos proporciona la salvación, él recalca la benignidad de Dios para con nosotros: “... para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia, en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (v. 7).

La benignidad es, por lo tanto, un aspecto básico

de la piedad. Cuando somos benignos con los que no merecen nuestra benignidad, entonces llegamos a ser semejantes a nuestro Señor. La bondad se pone a prueba cuando otros son rudos con nosotros, o nos maltratan. ¿Podremos todavía demostrar espíritu de benignidad hacia tales personas? Cualquiera puede ser benigno con los que son benignos y considerados con ellos. La prueba está en ser benigno con el que no lo merece.

LA BENIGNIDAD Y EL AMOR

Sin el amor, nada que hagamos como cristianos será aceptado por Dios. El discurso más brillante sonará como címbalo que retiñe, si no se da con amor. El más poderoso sermón o el más grande conocimiento de la palabra de Dios, serán vanos e inútiles si no hay amor. Incluso si uno tuviera fe suficiente como para mover montañas, ello no tendría valor alguno, si no hay amor. Si uno diera todo lo que tiene a los necesitados, sería vano, si no hay amor.

El amor es la esencia del cristianismo, y la benignidad es uno de los aspectos primordiales del amor. No es de extrañar que Pablo escribiera: “Sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4.32).

CÓMO CULTIVAR LA BENIGNIDAD

Si la benignidad es tan importante, ¿cómo podemos cultivarla en nuestras vidas diarias? Primero, ella es un aspecto del fruto del Espíritu (Gálatas 5.22–23). Por lo tanto, se cultiva, mediante el crecimiento espiritual, mediante el permitir que el Espíritu de Dios tenga cada vez mayor dominio en nuestras vidas. Si andamos en el Espíritu y somos guiados por el Espíritu, seremos benignos en nuestro trato unos para con otros. Una parte de lo que conlleva el permitir que el Espíritu domine o gobierne nuestras vidas, es estudiar las enseñanzas de él, que están en la Biblia, y esforzarse por vivir conforme a lo que aprendamos.

La benignidad también puede aprenderse. En Tito 2.3–5, Pablo dio instrucciones a las ancianas, en el sentido de que enseñen a las jóvenes, de la siguiente manera. Note que ellas necesitaban que se les enseñara a ser buenas, es decir, benignas. Esta clase de enseñanza debe provenir por dos vías, la del ejemplo y la de la palabra. Las ancianas deben mostrar benignidad en la forma como tratan a los demás, especialmente a las más jóvenes que están tratando de influenciar. Además, los cristianos deben enseñar por palabra, que la benignidad es importante en nuestro trato para con los demás.

Podemos cultivar la benignidad mediante la práctica consciente de ella en nuestras vidas diarias. Esto es lo que Colosenses 3.13, dice: "Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia,..." El llegar a ser benignos en nuestro trato para con los demás no es algo que nos nazca naturalmente. Debemos trabajar para hacer que la benignidad sea una de nuestras características.

CÓMO PONER EN PRÁCTICA LA BENIGNIDAD

¿Cómo podemos poner en práctica el principio de la benignidad en nuestras vidas? Debemos comenzar por casa. Si no podemos ser benignos con los que vivimos, será vano el tratar de poner en práctica la benignidad en nuestro trato para con los demás en algún otro lugar. Después de referirse a los deberes de los esposos y las esposas, Pedro dijo:

Finalmente, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición (1 Pedro 3.8-9).

La tenencia de un mismo sentir en el seno de la familia, está vinculada con el ser compasivos o benignos en la forma como nos tratamos unos a otros. Muy a menudo, somos más benignos y corteses

con los extraños que con los que nos han entregado sus vidas y a quienes les hemos entregado nuestras vidas. Nuestros niños aprenderán de nosotros cómo es que ellos han de tratar a los que están a su alrededor. Si no somos benignos en nuestro trato para con ellos, ¿cómo van a aprender a ser benignos para con los demás?

Segundo, la benignidad debe predominar en nuestra asociación con nuestros iguales cristianos. No podemos afirmar que tenemos el espíritu de Cristo, y a la vez ser poco amables unos con otros dentro de la iglesia cuando los desacuerdos surgen.

También debemos ser benignos en los lugares donde trabajamos. Si mostramos benignidad allí, nuestra influencia causará que otros se pregunten qué es lo que nos hace diferentes. Si somos agresivos y poco amables para con los demás, a ellos no les parecerá que Jesús haya afectado nuestras vidas. No debemos perder nuestra benignidad, incluso, cuando otros son poco amables para con nosotros. Nuestra benignidad debe destacarse en medio de las circunstancias difíciles.

La benignidad debe ponerse en práctica en todos nuestros tratos con los demás, o de lo contrario, será inútil en uno cualquiera de estos tratos.

Padre amoroso que estás en los cielos, ¡tú has sido tan benigno y tan generoso para con nosotros! Por favor enséñanos a ser benignos para con los que nos rodean todos los días. Padre, ayúdanos a marcar la pauta en lugar de seguir el patrón que el mundo nos fija. En el nombre de Jesús, amén.